

Primo Levi

El oficio ajeno

Traducción de Antoni Vilalta

 El Aleph Editores



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Unión Europea.



Título de la edición original: *L'altrui mestiere*

Primera edición: septiembre de 2011

© Giulio Einaudi Editore, s.p.a., Torino, 1990, centro del libro *Opere III*

© De la traducción: Antoni Vilalta Seco, 2011

© De esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U., El Aleph Editores

Peu de la Creu, 4

08001 Barcelona

correu@grup62.com

grup62.com

ISBN: 978-84-7669-992-8

Depósito legal: B-25552-2011

Fotocomposición en Víctor Iguual, S. L., Aragó, 390, 7.ª planta, 08013 Barcelona

Impreso en Reinbook, S. L.

Impreso en España / Printed in Spain



LOS DOS OFICIOS DE PRIMO LEVI¹

Primo Levi ha recogido en un único volumen más de cincuenta escritos publicados en diferentes periódicos (sobre todo en «La Stampa») que responden a su vena de enciclopedista de curiosidades ágiles y minuciosas, y de moralista de una moral que siempre nace de la observación.

Entre las páginas dignas de una antología ideal, hay que indicar enseguida *Signos en la piedra*, que empieza con una «lectura» del empedrado de las aceras de Turín como documento mineralógico, antropológico, histórico, y termina con amargas reflexiones acerca de la indestructibilidad de la goma de mascar. El ojo de Primo Levi se posa sobre la ciudad como el de un paleontólogo futuro que en las estratificaciones del asfalto descubrirá «como insectos en el ámbar, chapas de Coca-Cola y anillas de latas de cerveza». Es el mismo método a través del cual (*Mi casa*) describe el piso donde nació y en el que sigue viviendo (caso de sedentarismo parecido al de las lapas, que «se fijan a un escollo, segregan un caparazón y no vuelven a moverse en toda la vida»). Estos dos pasajes, entre otros, constituyen un ejemplo de esa «literatura de la memoria» que puede nacer de una mente ordenada y sistemática, en la que, de la concreción y precisión de los detalles, acaba naciendo una nota de *pathos* lírico, aunque sobrio y controlado.

Prosiguiendo con mi selección, señalaré *Estable/inestable*, que empieza con un elogio de la madera, para explicar después su natural inestabilidad en contacto con el oxígeno del aire y acabar recordando un episodio de fábrica: un caso de autocombustión de serrín. Este escrito ejemplifica otros dos «géneros literarios» que aparecen

1. El artículo de Italo Calvino que aquí publicamos apareció en *la Repubblica* del 6 de marzo de 1985.

varias veces en el libro: el de la «voz de enciclopedia», escrita con una elegancia digna de la tradición italiana de Redi y Algarotti (en esta línea señalo un capítulo sobre la goma laca, *Domum servavit*), y el de las «memorias de un químico industrial», que es un tipo de relato que sólo él escribe, del que ya habíamos disfrutado algunos precedentes en el volumen más *primoleviano* de todos, *El sistema periódico*. (Como en una novela de detectives, en cada relato el químico tiene que resolver un caso misterioso.) Al final del relato vuelve la vena del moralista.

«Los confines de esta estabilidad frágil, que los químicos llaman metaestabilidad, son amplios. Comprenden, además de todo lo que está vivo, prácticamente todas las sustancias orgánicas, tanto naturales como sintéticas; y todavía algunas sustancias más, todas aquellas que vemos cambiar de estado repentinamente: un cielo sereno, pero sin duda saturado de vapor, que se nubla de golpe; un agua tranquila que, por debajo de cero, se congela en pocos instantes si se tira en ella una piedrecilla. Pero es fuerte la tentación de dilatar aún más estos confines, hasta englobar nuestros comportamientos sociales, nuestras tensiones, la humanidad de nuestros tiempos, condenada y acostumbrada a vivir en un mundo donde todo parece estable y no lo es, en el cual energías pavorosas (no hablo solo de los arsenales nucleares) duermen con sueño ligero.»

Entre los objetos de la atención enciclopédica de Levi, los más frecuentes son las palabras y los animales. (En ocasiones se diría que tiende a fundir esas dos pasiones en una lingüística zoológica o en una etología del lenguaje.) En sus divagaciones lingüísticas predominan las amenas reconstrucciones de cómo las palabras se deforman con el uso, en la fricción entre la dudosa racionalidad etimológica y la somera racionalidad de los hablantes. La historia más extraordinaria es la del nombre italiano de la gasolina, «benzina» (procedente de «benjuí» o «incienso de Java»). La más inesperada, la de esa expresión coloquial, frecuente en la Italia septentrional, de «leer la vida» a alguien, que significa decirle a la cara todo lo que se merece. (Creo que este es el verdadero significado de la frase y no el de «hablar mal de alguien, cotillear» que le da Levi, quien sostiene haber oído esta frase en un ámbito femenino y nunca en primera persona; puedo asegurarle que, al menos en Liguria, es frecuente oír a un hombre decir «le he leído la vida», precisamente en el sentido de «le he cantado las cuarenta».)

En cualquier caso el sentido literal de la frase no está claro: ¿por qué «leer»? ¿y por qué «la vida»? Cotejando varias fuentes, desde la fraseología alemana hasta los diccionarios dialectales piamonteses, Levi llega a la siguiente conclusión: la expresión originaria era «leer el Levítico». Al parecer, en los conventos, durante los maitines, es decir, a altas horas de la noche, «era habitual que, después del canto de los salmos y de los himnos, y de la lectura de las Sagradas Escrituras, en especial del Levítico, el prior se dirigiese individualmente a cada monje, loándole por su observancia o, más frecuentemente, reprobándole por sus faltas». Por lo que leer «el Levítico» o «los levitas» habría asumido el significado de regañar a alguien.

No hemos hablado aún de los escritos que atañen más directamente a la literatura. Aquí la capacidad de observar es, de nuevo, la gran cualidad de Primo Levi: véase, por ejemplo, *El puño de Renzo*, donde demuestra que en *Los novios*, de Alessandro Manzoni, los gestos de los personajes son erróneos e imposibles, como los gestos de un mal actor. Y la observación no es un fin en sí mismo, sino que puede ayudarnos a comprender algo más profundo: «Manzoni parece dispuesto a aceptar ciertas soluciones interpretativas únicamente cuando “dos fuertes pasiones alborotan juntas en el corazón de un hombre”; pero en ese “alboroto” puede leerse con claridad la aversión católico-estoica del autor hacia las pasiones de las que el personaje, aun tan amado, es esclavo».

Resumiendo: en Primo Levi, la misma disposición de espíritu da vida al hábito mental científico, a la medida del escritor y del moralista. Un capítulo, *Exquímico*, está dedicado al paso desde su primera profesión a la de escritor, y enumera las lecciones que tienen validez en ambas: «El hábito de penetrar en la materia, de querer descubrir su composición y estructura, de prever sus propiedades y su comportamiento, conduce a un *insight*, a un hábito mental de concreción y concisión, al deseo constante de no detenerse en la superficie de las cosas. La química es el arte de separar, pesar y distinguir: tres ejercicios que también resultan útiles a quien pretende describir hechos o dar cuerpo a su fantasía».

ITALO CALVINO



EL OFICIO AJENO



MI CASA

Vivo desde siempre (con involuntarias interrupciones) en la casa donde nació: mi manera de vivir no ha sido, pues, fruto de una decisión. Creo que el mío es un caso extremo de sedentarismo, comparable al de ciertos moluscos, como por ejemplo las lapas, que después de un breve estadio larvario, durante el cual nadan libremente, se fijan a un escollo, segregan un caparazón y no vuelven a moverse en toda la vida. Esto es más habitual entre quienes han nacido en el campo; para los ciudadanos como yo, es, sin duda, un destino raro, que conlleva peculiares ventajas y desventajas. Tal vez deba a este destino estático el amor mal satisfecho que nutro por los viajes, y la frecuencia con que el viaje aparece como tema recurrente en muchos de mis libros. Aunque, tras sesenta y seis años en el Corso Re Umberto, me resulta difícil imaginar lo que conlleva vivir, no digo ya en otro país o en otra ciudad, sino tan siquiera en otro barrio de Turín.

Mi casa se caracteriza por la ausencia de caracterización. Se asemeja a muchas otras casas casi señoriales de principios de siglo, construidas en ladrillo antes de la irresistible irrupción del hormigón armado; carece casi por completo de ornamentos, si exceptuamos algunas tímidas reminiscencias Liberty en las chambranas que coronan las ventanas, y en las puertas de madera que se asoman a la escalera. Es austera y funcional, inexpresiva y sólida: lo demostró durante el último conflicto, cuando soportó todos los bombardeos, superándolos únicamente con algunos daños en los cerramientos y alguna que otra grieta, que luce todavía con el orgullo con que un veterano lleva sus cicatrices. No tiene ambiciones, es una máquina para habitar, posee casi todo lo esencial para vivir y casi nada de lo superfluo.

A este edificio, y a la vivienda que ocupó, me une una relación



inadvertida pero profunda, como la que nos une a las personas con quienes hemos convivido por mucho tiempo: si me arrancasen de ella, incluso para trasladarme a una vivienda más bonita, más moderna y más cómoda, sufriría como un desterrado, o como una planta trasplantada en un terreno al que no está acostumbrada. He leído en algún sitio la descripción de uno de los artificios de mnemotecnia, eso es, del arte (antaño cultivado por doctos y estudiosos, hoy estúpidamente abandonado) de ejercitar y mejorar la memoria: quien quisiera recordar una lista de treinta, cuarenta o más nombres, e incluso sorprender al público recitándola eventualmente en sentido contrario, lo puede lograr conectando mentalmente (es decir, creando un nexo cualquiera) entre cada uno de los nombres y, de forma ordenada, un ángulo de la propia vivienda: eso es, procediendo desde la puerta de entrada, por ejemplo, hacia la derecha y explorando sucesivamente todos los rincones. Recorriendo imaginariamente el mismo itinerario, podrá reconstruir la lista inicial; si recorre la vivienda en dirección contraria, se invertirá también el orden de la lista.

Nunca he sentido la necesidad de realizar esta actuación, pero no dudo que, por lo general, funcione. En mi caso, sin embargo, no funcionaría porque, en mi memoria, todos los ángulos de la casa están ya ocupados, y los recuerdos auténticos interferirían con aquellos ocasionales y ficticios que esta técnica requiere. En el rincón de la derecha de la puerta de entrada es donde había, hace cincuenta años, un paraguero, y donde mi padre, cuando regresaba a pie de la oficina los días de lluvia, depositaba el paraguas chorreante y, en los días secos, el bastón de paseo; donde durante veinte años estuvo colgada una herradura que mi tío Corrado había recogido (por aquel entonces, todavía era posible encontrar herraduras en la avenida Rey Umberto), amuleto del que sería difícil establecer si ejercitó o no su acción protectora; y donde por otros veinte años colgó de un clavo una gran llave cuya finalidad todos habíamos olvidado, pero que nadie se atrevía a tirar. El rincón sucesivo, entre la pared y el armario de nogal, era un escondrijo muy codiciado al jugar al escondite; una tarde indefinida del oligoceno me escondí ahí, me arrodillé sobre una esquirla de cristal, me lastimé y todavía llevo conmigo esa cicatriz en la rodilla



izquierda. Treinta años después, ahí se escondió mi hija, pero se reía y se dejaba encontrar enseguida; y ocho años más tarde, mi hijo, con una panda de coetáneos, uno de los cuales perdió ahí un diente de leche y, por misteriosas razones mágicas, lo metió en un agujero de la pared, donde probablemente sigue.

Prosiguiendo hacia la derecha, se encuentra la puerta de una habitación que ha tenido, a lo largo de las décadas, diferentes usos. En mis recuerdos más lejanos hacía las veces de salón elegante, donde mi madre, dos o tres veces al año, recibía a las personas de consideración. Después durmió ahí una fabulosa criada; más tarde fue la oficina comercial de mi padre, hasta que, con la guerra, se convirtió en campamento y dormitorio para parientes y amigos a quienes las bombas habían destruido la casa. Después de la guerra (y del embargo a causa de las leyes raciales) en ella durmieron y jugaron sucesivamente mis dos hijos, y en ella pasó mi mujer muchas noches, velándoles cuando estaban enfermos: yo no, gracias a la sólida coartada del trabajo en la fábrica y al egoísmo olímpico de los maridos. Actualmente es un laboratorio múltiple en el que se revelan fotografías, se cose a máquina y se fabrican juguetes divertidos. Se podrían narrar transfiguraciones similares para todas las demás habitaciones. Recientemente, y con cierta desazón, me he dado cuenta de que mi poltrona preferida ocupa el lugar exacto en que, según la tradición familiar, yo vine al mundo.

Mi casa está situada en un lugar afortunado, no demasiado lejos del centro urbano pero relativamente tranquilo; la proliferación de los automóviles, que rellena cualquier espacio como un gas comprimido, ha llegado ya hasta aquí, pero hace sólo algunos meses que resulta difícil encontrar aparcamiento. Los muros son gruesos y los ruidos de la calle llegan amortiguados. Antes todo era diferente: la ciudad terminaba unos pocos cientos de metros más al sur, se iba campo a través «a ver los trenes», que entonces, antes de que excavaran el sistema de trincheras del cuadrivio Zappata, corrían a nivel del suelo. Los laterales se asfaltaron hacia 1935; antes estaban empedrados y por la mañana uno se despertaba con el ruido de los carros que venían del campo: el ruido de las llantas de hierro sobre los adoquines, el chasquido de los látigos, las voces de los carreteros. Otras voces familiares subían desde la calle en

otras horas del día: los gritos del vidriero, del trapero, del chamarrilero que compraba «cabellos del peine» —a quien la susodicha criada vendía periódicamente los suyos, largos y canos—; y, ocasionalmente, de mendicantes que tocaban el organillo o cantaban en la calle, a quienes la gente tiraba monedas envueltas en papel.

A pesar de todas sus transformaciones, mi casa ha conservado su aspecto anónimo e impersonal: o al menos, así nos parece a nosotros, que vivimos en ella, pero ya se sabe que todos somos malos jueces de aquello que nos concierne, del propio carácter, de los propios vicios y virtudes, incluso de la propia voz o del propio rostro. A otros, tal vez, les podrá parecer muy sintomático del carácter apartado de mi familia. Ciertamente es que, a nivel consciente, nunca le he pedido a mi casa mucho más que la satisfacción de las necesidades primarias: espacio, calor, comodidad, silencio, privacidad. Ni he intentado nunca conscientemente hacerla mía, asimilarla a mí, embellecerla, enriquecerla, sofisticarla. No me resulta fácil hablar de la relación que me une a ella, quizá sea de naturaleza gatuna: como los gatos, amo las comodidades pero puedo prescindir de ellas, y me habría adaptado bastante bien a un alojamiento sin comodidad alguna, como varias veces me ha ocurrido y como me ocurre cuando voy a un hotel. No creo que mi modo de escribir esté influenciado por el ambiente en el que vivo y escribo, ni creo que este ambiente se refleje en las cosas que he escrito. Debo de ser, pues, menos sensible que la media a las sugerencias e influencias del ambiente, y no soy en absoluto sensible al prestigio que el ambiente confiere, conserva o deteriora. Vivo en mi casa como lo hago dentro de mi piel: sé de pieles más hermosas, más amplias, más resistentes, más pintorescas, pero no me parecería natural cambiarlas por la mía.

ALDOUS HUXLEY

La estantería donde tengo los libros de Aldous Huxley constituye para mí una tentación permanente: la tentación de cerrar el libro que estoy leyendo y de retomar en la mano, abriéndola al azar, una de sus obras. Esta acción, la de abandonar un libro inacabado para abrir otro, es reprobable, y soy plenamente consciente de ello. Es una zafiedad, una pequeña traición: tú no sabes lo que el autor te depara en la siguiente página, te niegas a seguirlo y a escucharlo, eres un mal juez, que hace callar al testigo antes de que concluya su declaración; pero la tentación es fuerte y me la refuerza con su ejemplo el mismo Huxley, quien confesaba que su vicio predilecto era el «desultory reading», la lectura desordenada.

Cedo a menudo a esta tentación, y siempre a favor de sus primeras obras, las del periodo 1920-1940. Los libros posteriores, de un Huxley que ya no es novelista, sino pacifista, místico, sociólogo, estudioso de las religiones, de la metapsíquica o de los fármacos psicotrópicos, me atraen menos y me infunden cierta aprensión: oso afirmar que el Huxley de la posguerra, herido de muerte por la guerra, sinceramente preocupado por el destino de la humanidad, no alcanza la humanidad misma.

Por el contrario, y en contra de la opinión de muchos de sus lectores actuales, sus libros primerizos me parecen todavía llenos de sustento vital. Quien abra, por ejemplo, *Contrapunto* encontrará todavía hoy, y tal vez más claramente hoy que entonces, la Europa de la que somos hijos, para bien o para mal: la Europa que entonces era el mundo, inventora y tutora de todas las ideas y de todas las experiencias, y al mismo tiempo cínica, cansada, débil ante las nuevas sugerencias de la irracionalidad y del inconsciente.

Hoy se interpretan bajo una nueva luz, casi simbólica del periodo de entreguerras, las tramas de las novelas de Huxley. Nunca

sucede nada, o casi nada: están llenas de conversaciones y discusiones inteligentes, todas ellas nítidas y bien enfocadas, precisas: «novelas de ideas», como las define, justamente, Philip Quarles, autorretrato del mismo Huxley. Pero, cuando de las ideas se pasa a los actos, el *logos* se ofusca, prevalecen la violencia y el sexo y, simultáneamente, la historia y los personajes sufren una tumefacción, se vacían, pierden en credibilidad: véase, por ejemplo, en *Contrapunto*, el asesinato gratuito de Webley a manos de Spandrell, y el suicidio teatral de éste último.

¡Pero cuán veraces, cuán sólidos son estos mismos personajes mientras Huxley se limita a hacerles hablar, a dibujar y confrontar sus orígenes, a analizar las relaciones, los juicios de unos sobre otros! Ahí su mano es segura, la habilidad y la elegancia magistrales: nos regala una galería de retratos convincentes, de entre los más vivos de todas las literaturas. Mientras su agudeza parece no tener límites, limitado parece, en cambio, el campo de su interés y de su simpatía: en sus páginas encontramos tontos y simples, éstos también viven, pero en segundo plano; existen sólo como «comparsas», y Huxley no siente indulgencia alguna por ellos. La variedad de sus personajes está limitada por abajo (incluso Quarles es «inteligente al extremo de ser casi humano»): no sabría darnos ni un Babbitt, ni un Leopold Bloom.

En la representación de sus iguales, eso es, de los superdotados, Huxley es, sin embargo, un maestro. Todos sus personajes son siempre ocurrentes, cultos y elocuentes; son notables, aunque fracasen: a sus espaldas se siente la opulencia y la solidez de una Inglaterra más avanzada, menos ingenua pero también menos poética que la de Kipling. No tienen preocupaciones materiales, no sufren sino penas de amor o dolores filosóficos; viven sólo para comunicar, para debatir agudas ideas, ignoran el silencio y el recogimiento.

A menudo escriben un diario, ejercicio de solitarios: pero después, puntualmente, subrayan con cuidado cada *trouvaille* para usarla más tarde en sociedad. El mismo Huxley hace otro tanto: es frecuente, y un poco irritante, cogerle con las manos en la masa, advertir en un relato una sugestión, una imagen, para encontrarla más tarde en una novela, exprimida hasta la saciedad y, por así



decirlo, de segunda mano. Este creador pródigo y fecundo se nos antoja entonces un avaro, atento a no desperdiciar ni un céntimo de su enorme riqueza.

De temperamento racional, Huxley pretende y espera reconstruir a través de la razón todo aquello que, en el hombre, es extraño a ella, y a menudo lo consigue. Es por esto por lo que su primera lectura tuvo el efecto de una onda expansiva en la Italia fascista e idealista, en cuyo seno el uso de la razón era abiertamente desaconsejado, y en la cual, ante el físico y el anatomista, el filósofo fruncía el ceño con fastidio.

Bien distinto es el juicio que merece *Un mundo feliz*. Es una novela utopista, una de las más coherentes que se hayan escrito jamás. No contiene divagaciones elegantes ni investigación poética, tampoco personajes de carne y hueso: es árida, tensa y amarga, pero merece sin duda una relectura. Describe con precisión implacable un mundo que entonces podía parecer una fantasía delirante y arbitraria, pero hacia el cual hoy nos estamos ya encaminando. Es el mejor de los mundos posibles, tal y como será si se da rienda suelta a los técnicos: un mundo planificado hasta el más recóndito detalle (incluso los niños nacen según un plan, no en el parto, sino en una cadena de montaje: individualmente o en lotes de gemelos idénticos, según las exigencias del mercado), en el cual convergen la superorganización totalitaria y el productivismo capitalista, Marx, Pavlov, Freud y Ford: estos dos últimos se confunden, además, en una única divinidad, «nuestro Ford, o nuestro Freud, como, por alguna razón inescrutable, decidió llamarse él mismo cuando hablaba de temas psicológicos».

El mundo está unido en una sola supernación: ya no existen razas humanas, pero la humanidad está dividida en castas rígidamente separadas y condicionadas para adaptarlas a las funciones que les han sido asignadas: desde los «alfa», destinados desde la «decantación» de sus respectivos embriones a los cargos de mayor responsabilidad, hasta los «épsilon» semideficientes (sus embriones son tratados con alcohol), que se sentirán felices y realizados trabajando como peones durante toda su existencia. Arte y ciencia, sentimiento y pasión, han dejado de existir: supondrían una amenaza para la estabilidad, valor supremo —es más, único— del



Mundo Feliz. La educación (o mejor, el «condicionamiento») de los jóvenes es monopolio del Estado: todos los conocimientos y principios morales son irresistiblemente introducidos en los cerebros durante el sueño. También el dolor ha desaparecido: todo dolor físico, gracias a los progresos de la medicina, todo dolor espiritual, gracias a los «ingenieros de emociones».

Por eso todo el mundo es feliz, obligado a la felicidad, en este nuevo orden que a nosotros, no «condicionados», no puede parecer sino detestable. Como puede verse, se trata de una pesadilla, pero más realista, y más inteligente, que todas las utopías positivas (*La República* de Platón) y negativas (1984 de Orwell). El libro es profundamente irónico y pesimista: si queréis bienestar, libertad y paz, esta es la solución, incluso para el hombre racional, custodio de la sabiduría, imagen de Dios. Esta: la constitución que hormigas y termitas eligieron para sí hace millones de años, jamás enmendada desde entonces.

En 1959, en *Nueva visita a un mundo feliz*, Huxley escribió: «En 1931, cuando fue escrito *Un mundo feliz*, yo estaba convencido de que se disponía todavía de muchísimo tiempo [...]. Veintisiete años después [...], me siento mucho menos optimista [...]. Mis profecías se están haciendo realidad mucho más pronto de lo que pensé». ¿A cuántos profetas les ha sido concedido el triste privilegio de ver nacer a su alrededor el «Mundo Feliz» que habían pronosticado?